

tologador de cada una de las obras base de su selección. Esta falta de discriminación metodológica conlleva una distorsión visible: habrá países (de Centroamérica y el Caribe) subrepresentados en multitud de antologías supranacionales debido a criterios hegemónicos o de acceso a los materiales impresos de tales países; habrá autores sobre-representados a causa del gusto conscientemente subjetivo de algún antologador o de cuestiones históricas, estéticas, incluso políticas; habrá movimientos y escuelas (o tendencias) sub o sobre-representados por cuestiones metodológicas y didácticas de alguna antología temática o histórica. Este es, estoy seguro, el principal escollo del manual de Siebenmann, el metodológico. Sería deseable para la próxima previsible segunda edición del libro que se tomaran en cuenta los criterios de selección de los antologadores y sopesaran las razones para argumentar sólidamente la inclusión de treinta y siete poetas sobre trescientos en la que, insisto, las poetas salen muy mal paradas, que no representadas.

Finalmente habría que revisar afirmaciones históricas que carecen de fundamento: en la p. 64, al referirse a Alfonso Reyes lo convierte en el único fundador del Ateneo de la Juventud y afirma que El Colegio Nacional es el antecedente de El Colegio de México; o la revisión de la fecha de nacimiento de Pellicer en la p. 66; un corrector de pruebas cuidadoso habría evitado la errata Tlaztelolco (p. 138), que complica más la pronunciación. En cuanto a Borges, creo que sigue muy de cerca los deseos de ascendencia portuguesa del poeta, muy lejanos en el tiempo, si ciertos, para ser tomados en cuenta; o confunde la ascendencia inglesa de la abuela paterna, Fanny Haslam, afirmando que es irlandesa. Bioy cambia su nombre a Alfredo también en esa p. 301. Estos errores son nimios; lo que parece excesivo es relacionar a Darío con Mozart (p. 264) y abundar en comparaciones bastante discutibles entre ambos. No obstante, el manual llena un hueco en la bibliografía de consulta sobre la poesía latinoamericana y colma con suficiencia la carencia de información sobre la poesía brasileña.

ALEJANDRO MÁRQUEZ AGUAYO

ANA MARÍA ZUBIETA (comp.), *Letrados iletrados. Apropiaciones y representaciones de lo popular en literatura*. EUDEBA, Buenos Aires, 1999; 213 pp.

Esta es una antología poco frecuente en los estudios sobre la cultura popular y de masas, puesto que la mayoría de los trabajos sobre estos temas no suele tocar el campo de lo literario.

En el conjunto de trabajos se propone la discusión teórica y la reflexión sobre los modos de estudiar ese objeto lábil y nunca estable que es lo popular: “No nos acercamos —dice la compiladora en su prólogo— a un objeto que consideramos únicamente patrimonio del pasado, marginal o excusa de la nostalgia; ni lo asimilamos a pasividad, reproducción, obediencia y uniformidad cuando lo ponemos en contacto con la cultura de masas, sino que nos aproximamos a un objeto proteico, a un Jano de doble rostro que suele incluir los extremos, los aspectos más contradictorios y eludimos siempre, obstinadamente, una de sus trampas: la definición” (p. 7). En esta actitud crítica, que se resiste a estabilizar el objeto en una serie de características predefinidas, radica uno de los mayores aciertos del libro: la riqueza y variedad de enfoques y perspectivas.

En las tres secciones que forman la antología (“El abuso popular y las voces de la violencia”, “El mundo de los mayores y el mundo de los menores. Los monstruos, los niños, los héroes” y “Los bordes genéricos”) se reconocen dos constantes: la relectura del canon y de la tradición y la conexión entre las apropiaciones de lo popular y lo político.

La novedad que implica este tipo de estudios enfocados especialmente en lo literario, obliga a una revisión de numerosos textos canónicos, considerando ahora en qué medida pueden leerse allí las voces de la cultura popular. Dice Zubieta en “Cortázar y sus «monstruos»”, que “la relación entre *alta cultura* y *cultura popular* se vuelve particularmente interesante en la literatura porque allí aparece conjugada con la tradición, el canon y la literatura nacional” (p. 89). Este artículo, centrado en el análisis de las representaciones de lo popular que ponen en circulación los textos de Cortázar, presenta a la vez un marco teórico-crítico válido para la totalidad del volumen e insiste en otro de los puntos clave de esta antología: la búsqueda de las conexiones más que de las diferencias —siempre problemáticas cuando se intenta definir las o fijarlas— entre culturas alta y baja.

La relectura del canon vuelve, en el caso de los artículos dedicados a la literatura argentina, sobre los textos que la tradición crítica ha construido como fundadores: “El matadero” de Echeverría y el *Facundo* de Sarmiento. “La interrogación”, de Samuel Zaidman, encuentra en “El matadero” un espacio donde considerar los límites de la violencia popular y lo ilimitado de la violencia del terrorismo de estado argentino.

Martín Kohan retoma “El matadero” y *Facundo* en “Los animales domésticos” para rastrear un modo de representación de lo popular que necesita aislar a los sujetos para dominarlos, domesticarlos: el tigre, el toro, tendrán un eco en el “Torito” del cuento de Cortázar, en el “monito” que es Gatica fuera del *ring*. Y ese aislamiento se produce sobre el telón de fondo del “aluvión zoológico” del peronismo.

En “Maneras de subrayar en el salón literario: Lamborghini/Borges” (no es casual la resonancia romántica en el título), Alejandra Valente relee, a partir de *La causa justa*, el modo en que Osvaldo Lamborghini somete los textos borgeanos a una escucha despiadada, desacralizadora, en la que se invocan y yuxtaponen los “otros” discursos, los del saber popular.

Otras voces alternativas aparecen en los textos de Rodolfo Walsh (“Voces, prácticas y apropiaciones de lo popular en la ficción de Walsh” de Adriana Imperatore): León, en “Nota al pie”, invadiendo la página con una carta silenciada; Mauricio, en “Fotos”, trasponiendo el oficio en arte y las voces que traducen “Corso” y “La máquina del bien y del mal”. En todos ellos la autora indaga de qué manera el intelectual busca revisar su cultura: “Al interrogarse por lo imposible de ser dicho desde la cultura letrada, se da cabida a otra racionalidad que, al tiempo que desordena conceptos y edificios teóricos, permite a la literatura —en este caso— renovarse y plantearse como tal” (p. 185).

También Lamborghini, “«El niño proletario» hace explotar las «Larvas»” de Amelia Barona, permite releer algunas variantes de lo popular por medio de la figura infantil. Figura manipulada: el niño trabajador, el delincuente, el estudiante, el proletario y el robado, en una secuencia que comienza en *Canillita*, de Florencio Sánchez, continúa en Elías Castelnuovo, y llega hasta los secuestros y robos de la dictadura militar. Otra secuencia (*Recuerdos de provincia – Marta Riquelme – El frasquito y La rueda de Virgilio*) es la que explora Marcela Domine analizando los traslados genéricos de “biografías de recompensa, consuelo y resistencia” donde leer una imposible “autobiografía bárbara” en la que resuene la voz del iletrado.

A su vez, en “Los secretos sagrados: una estrategia para la supervivencia” de Doris Sommer, la lectura de *Me llamo Rigoberta Menchú* permite ver bajo otra luz los silencios en torno a la violencia en José Francisco Manzano o las estrategias retóricas del Inca Garcilaso. En el silencio de Rigoberta Menchú, que subraya la presencia del secreto —o bien, en el silencio que crea el secreto—, Sommer ve la construcción de un espacio para la alteridad. El silencio, en “boca” de una enunciación que insiste en no ser individual sino colectiva, se transforma en estrategia política mediante la que se representa como alteridad ante una cultura letrada poco dispuesta a reconocerla. En este artículo puede observarse la segunda constante que recorre el libro: la insistencia en que lo popular lleva a la crítica a una lectura de lo político; el estudio de las formas de apropiación acarrea en casi todos los textos el análisis de sus usos. Es el terrorismo de estado de la dictadura militar argentina de 1976 (la tortura, el robo de niños) el contrapunto de la lectura de lo popular en los artículos de Samuel Zaidman y de Amelia Barona; Alicia Montes lee el peronismo en *El sueño de los héroes* y “La fiesta del monstruo” en “La construcción de lo popular”; la guerra de Malvinas, en

“Subversiones políticas en las aventuras de piratas”, es la coyuntura a partir de la cual se recupera la figura del pirata.

En este último trabajo, Nina Gerassi-Navarro muestra cómo el pirata se reconvierte políticamente: del capitán Geoffrey Thorpe y Francis Drake a Margaret Thatcher. Cuando “la violencia surge como eje estructurador para delimitar fronteras, el pirata parece ser la figura ideal para articular el enfrentamiento. Su falta de anclaje político le permite recorrer los mares, libre para corporizar al enemigo o al héroe” (p. 167).

En “Estrategias de seductores: una política del placer”, Ana María Amar Sánchez cuestiona, a partir de la noción de seducción de Baudrillard, las concepciones teóricas que reducen lo popular y lo masivo a consumo, banalidad y vulgaridad. Lee la estética *pop* en los cuadros de Roy Lichtenstein y en las novelas de Roberto Drummond como un juego de tensiones, transformaciones y diferencias entre la *alta* cultura y la de masas; las estrategias de seducción abren un espacio político en las obras que la tradición adorniana no puede pensar.

Instalada en el conflicto entre culturas *bajas* y *altas*, la crítica necesariamente se ve implicada en una reflexión sobre su ubicación “frente” a la cultura popular. Esto se manifiesta en particular en los artículos de Sommer, Zubieta, Imperatore y Amar Sánchez; analizar lo popular, lo marginal, obliga a preguntarse por el lugar de enunciación desde el cual se definen esas categorías. Desde las más diversas posiciones, el estudio de lo popular, tal como es leído en estos trabajos, señala que toda apropiación es política. Si leer esa cultura es ponerse en contacto con la violencia, los márgenes, lo monstruoso y las representaciones de lo social y lo político no pueden sino ser el centro.

Los artículos de *Letrados iletrados* proponen la dependencia mutua de ambas culturas, que muestra el fracaso de todo intento por separarlas y jerarquizarlas. A la vez, desde la ambigüedad de su título, la antología tiene la virtud de llevar a primer plano a los *sujetos*, los que construyen las representaciones como los que son pensados por medio de ellas.

CÉSAR NÚÑEZ

Universidad de Buenos Aires

*Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las Segundas Jornadas.* El Colegio de México-Residencia de Estudiantes, México, 1999; 516 pp.

En este libro se recogen las actas de la Segundas Jornadas que, sobre el tema de “los refugiados españoles y la cultura mexicana”, organizan conjuntamente cada dos años la Residencia de Estudiantes, de